

Sobre un tipo de viololencia enmascarada en la familia actual

Mayte Muñoz Guillén y Alicia Monserrat Femenía

La violencia de vida

En palabras de Bergeret *“la violencia es instintiva, innata, destinada a ser progresivamente integrada en otras finalidades humanas durante la infancia y la adolescencia para, de adulto, acceder a un eficiente y libre ejercicio de las capacidades amorosas y creativas”*

El diccionario Littré (Diccionario de términos médicos) define violencia como: *“cualidad de lo que actúa con fuerza”*, por esto, la vida es violencia. No necesariamente implica el deseo de dañar. Hay una violencia natural y universal que es necesaria para la supervivencia. La misma división celular no podría hacerse sin violencia, es necesario que se dé una ruptura para que la vida siga adelante, es necesario el acto violento del parto para nacer a la vida. Pero violencia no es lo mismo que odio y agresividad. El odio (también el amor) se refieren y se dirigen a un objeto identificado, la violencia es una reacción mucho más primaria y elemental y no está vinculada a una relación objetal.

La creación de vínculos

Los etólogos dicen que el ser humano es asesino por naturaleza, pero que el entendimiento y la razón le hacen reprimir esos impulsos y que el género humano tiene la facultad de amar a los demás mediante el amor a la madre y la facultad de crear un vínculo personal se organiza al mismo tiempo que los cuidados parentales, por lo que, la identificación con un grupo antes de pasar por esta fase de creación

del vínculo, sería difícil, si no imposible para el niño.

En los comienzos de la vida, el niño necesita de un objeto humano y cercano que le organice sus funciones mentales y psíquicas para poder acceder al proceso de humanización; un objeto humano que transmita junto con la imprescindible envoltura afectiva, mediante la cual adquirir seguridad y confianza, la necesaria transmisión de una norma que ordene la confusión y el desorden interno de pulsiones que puedan llegar a atentar severamente el proceso de construcción de la propia identidad. Ese objeto humano, básicamente la madre, está incluido en el primer grupo de pertenencia, esto es: la familia. Las figuras parentales “externas” van a ir constituyéndose en los años de infancia como “objetos internos”, buenos o malos, pero con los que el niño va a tener que mantener relaciones internas que, a su vez, podrán ser también buenas o malas.

Sabemos que en el proceso de organización de la identidad son de vital importancia las identificaciones que el niño y posterior adolescente ha ido haciendo a lo largo de su vida, y también sabemos que los procesos de identificación que se han ido llevando a cabo en la infancia mediante la incorporación de esas imágenes parentales, posibilitarán al adolescente, la forma de elaborar las difíciles situaciones cambiantes por las que ha de transitar.

El adolescente, como nos señala A. Aberastury, se encuentra, y se enfrenta, con los tres grandes duelos que marcan esta etapa y que todos conocemos:

- a) el duelo por el cuerpo infantil,
- b) el duelo por la identidad infantil,
- c) el duelo por los padres de la infancia,

Una sociedad como la actual que difícilmente soporta y tolera frustraciones – y un duelo es el exponente máximo de éstas- no facilita sentar las bases para que los adolescentes puedan elaborar los duelos “normales” mencionados. La pérdida es negada sistemáticamente, impidiendo poder llevar a cabo el aprendizaje que permitirá poder tolerar la angustia de castración, que dé paso a la renuncia a la omnipotencia infantil.

En la clínica nos encontramos cada vez con mayor frecuencia con una patología relacionada con conductas violentas y/o agresivas. Los padres están desbordados y no se “hacen” con sus hijos. La sintomatología está en relación con conductas o actividades que bordean el terreno de lo asocial cuando no, directamente de lo delictivo. Es una sintomatología que se centra en dificultades en las relaciones interpersonales. La sintomatología –a veces- es poco clara, confusa, indefinida, caracterial...en cualquier caso, de corte regresivo y narcisista. Se habla de “personalidades psicopáticas” y de modo mucho más amplio de “trastornos del comportamiento”. Detrás de patología de extrema agresividad y violencia, es frecuente encontrar familias que no han permitido las funciones de afirmación e individuación del sujeto, “hogares” en donde no se estableció la diferencia jerárquica entre padres e hijos, quedando éstos, muchas veces fusionados, cabe mejor decir atrapados, en lazos pegajosos que no discriminan el yo del niño del de los padres (en pareja o a nivel individual).

No sólo en la clínica, también es lo que vemos a nivel social, chicos y chicas con una absoluta intolerancia a la frustración, la irritabilidad que ello conlleva, y sin apenas capacidad para la espera. Con un funcionamiento mental más propio de proceso primario que ya de un

pensamiento más secundarizado y elaborado, por lo que predominan mecanismos mentales en los que se utilizan recursos tales como: omnipotencia del pensamiento, negación, autopercepción de un yo grandioso, etc. Las relaciones interpersonales que establecen son de una gran intensidad pero también de una gran superficialidad, reclamando constantemente aportes narcisistas.

Niños y niñas que adolecen de una importante deficiencia afectiva, en ausencia de figuras paternas suficientemente sólidas y estables que permitan poder hacer buenas identificaciones, que den paso a convertirse, posteriormente, en adultos con capacidad de entender al otro, como otro Yo, que es capaz de sentir y de padecer lo mismo que el propio sujeto; y vivir esta diferenciación “Yo-Los Otros”, como un enriquecimiento, en lugar de vivir a los demás como elementos peligrosos y amenazadores para su frágil identidad.

Dice Freud en “Tres ensayos...”: *“Uno de los mejores preanuncios de la posterior neurosis es que el niño se muestre insaciable en su demanda de ternura a los padres; y por otra parte, son casi siempre padres neuropáticos los que se inclinan a brindar una ternura desmedida, y contribuyen en grado notable con sus mimos a despertar la disposición del niño para contraer una neurosis. Por lo demás, este ejemplo nos hace ver que los padres neuróticos tienen caminos más directos que el de la herencia para transferir su perturbación a sus hijos”.*

En la negociación y tramitación que, todo sujeto debe hacer entre su mundo psíquico interno y la realidad externa, la articulación entre ambos fracasa cuando la respuesta es lo que viene en llamarse, comportamiento violento. En el “Compendio de Psicoanálisis” dice Freud que *“el Yo debe su origen y sus más importantes características adquiridas a la relación con el mundo exterior real...”* de manera que, en ese intercambio del niño con su entorno -y en el que, las relaciones

afectivas con los objetos amorosos primarios son de una importancia crucial-se va organizando y consolidando la estructura de ese Yo. Si el niño ha recibido los suficientes aportes de contención y de receptividad afectiva, podrá organizar un Yo suficientemente estable y seguro como para no sentirlo(se) amenazado.

Unos apoyos narcisistas sólidos, sin dudas ni fracturas por parte de los padres en lo que están transmitiendo a sus hijos, con un fondo de placer y de confianza que el niño percibe como suyo, y no, como algo que “debe” (en el sentido de deuda) es lo que constituye la base de una relación segura. Cuanto más sólidos son estos apoyos, que recargan el narcisismo estructurante del niño -no el narcisismo maniaco/omnipotente- más fácil le es entrar en contacto con un objeto que no amenaza su Yo. Diferente es la situación del niño que se siente vacío de una aportación y transmisión afectiva que le haga sentirse “apegado” (teoría del apego) a un objeto suficientemente bueno que pueda tolerar esa “violencia de vida” que el bebé dirigirá hacia la madre, para que ésta, la recoja, la metabolice y la desactive, devolviéndosela transformada en ternura generadora de seguridad. Transformación de elementos *beta* en elementos *alfa*, siguiendo a Bion.

Padres que no ejercen

Es muy frecuente encontrarnos en la actualidad con padres “asustados”, padres frágiles, que no son capaces de incluir a sus hijos en una normativa que organice límites (externos e internos) con los que el niño pueda sentirse protegido y seguro. Actualmente prevalece un planteamiento de sociedad sin límites y también de familia sin límites (anecdóticamente señalamos que en el lenguaje publicitario cada vez es más frecuente incluir la expresión “*sin límites*” para definir la bondad del objeto de consumo a vender: “*placer sin límite*” “*satisfacción sin límite*”, etc), y cuando no hay límites lo que hay es vacío; vacío de buenos objetos internos contenedores, y sobre todo, hay confusión. Este vacío

interno, hay que llenarlo compulsivamente de “cosas”, encontrándose así, el adolescente, según dice la psicoanalista y bióloga Enriqueta Moreno, “*parasitado en su deseo por un deseo anónimo que, engañosamente identifica como propio*”..

Aporta esta autora el concepto de “**violencia invisible**” llamada así porque no se puede identificar fácilmente, está inmersa en nuestra cultura y erosiona los pilares fundamentales del hombre: el pensamiento y los afectos. No tiene personificación en ningún líder ni representa a ninguna ideología. Lleva al sujeto a tratar de llenarse porque su mente ha quedado vaciada de significantes propios.

Por otra parte, la represión, necesaria y saludable, para organizar el mundo interno se confunde con el autoritarismo, mezclado con la idea –equivocada- de que la frustración es contraproducente, e incluso peligrosa, para el buen desarrollo evolutivo del niño. En su lugar, se instaura una corriente de permisividad condescendiente, que lejos de proteger al niño/adolescente, le va colocando en situaciones de las que no se puede hacer responsable. Tiene permiso para hacer actividades que pueden llegar a ser lesivas, incluso para su propia integridad física. (niños profesionales de las carreras de motos)

El consumo desaforado de objetos se va instalando como criterio de vida. Así, nos encontramos con esos niños/as que están en un permanente reclamo hacia los padres, reclamo no sólo de objetos materiales, sino también de costumbres y modos de vida para las que aún no se dispone de la suficiente capacidad de comprensión en lo que a significado y consecuencias puedan dar lugar. Los padres, inseguros ellos mismos, se transforman en proporcionadores continuos de cosas y gratificadores de supuestas necesidades, lo que va contribuyendo a fraguar la idea de que el “Otro” no es sino un medio para conseguir fines. Las funciones paterna y materna no se transmiten y el aprendizaje no circula en

el campo de conseguir una verdadera humanización y socialización.

La pareja parental, que muchas veces no es posible sostener unida, pero también muchas veces, -aún permaneciendo unida- es difusa y abdica de sus responsabilidades, no transmite con suficiente claridad el reparto de roles familiares y éstos quedan confundidos, con lo que la estructuración edípica, cuando se insta, lo hace débilmente. Los padres no quieren ser padres, sino “amigos” de sus hijos, colocándose así, en un lugar que no es el que les corresponde, abdicando y renunciando a ejercer su función de padres, que, por otra parte, es reclamada por sus hijos.

La sociedad de consumo se presenta como “La Gran Madre” dispensadora y gratificadora de necesidades y deseos, y la omnipotencia infantil se ve así, alimentada en lugar de frustrada. La capacidad de espera, mediante la que poder tolerar la demora en la consecución de los objetivos, no se presenta como una función a desarrollar y potenciar, sino que queda elidida y se coloca en su lugar, la urgencia de la satisfacción inmediata, “aquí y ahora”. La mente infantil está avasallada por exigencias consumistas que reclaman sustitución inmediata de juguetes con los que no se ha podido llegar a establecer relación de afecto y el juguete no hace historia con la propia historia personal del niño.

Por otro lado, la invasión excesiva de estímulos, imposibles de procesar psíquicamente, da origen a una saturación interna para las que el niño y el adolescente no tiene aún recursos organizados con los que poder dar respuesta. La avalancha de juguetes con los que, a veces, se sepulta literalmente al niño, dotados de una tecnología muy por encima de las capacidades de poderlos comprender, dado que dicha tecnología es abrumadora y posibilita acciones para las que no es necesario comprender la base de su funcionamiento, facilita la creencia de que los conocimientos y los procesos

cognitivos son secundarios a la ejecución del “acto”, presentándose éste casi como algo “mágico”. Cuando un objeto se estropea o rompe, queda sustituido, casi de inmediato por otro igual o mejor.

Curiosa y paradójicamente, este avance científico y tecnológico, a veces, en lugar de dar paso a una apertura de pensamiento en la línea del proceso de desarrollo maduro y adulto, viene a entroncarse con el más primitivo e infantil de los funcionamientos mentales: el que no tolera la renuncia y recurre a la “magia”, como hacía el hombre primitivo para explicar aquellos fenómenos que estaban fuera de su alcance cognitivo.

El conocimiento, la valoración del trabajo y la teoría que subyace a cualquier desarrollo científico, quedan relegado al terreno de lo “desechable” en identificación con los propios objetos, las más de las veces, también desechables.

Adolescentes violentos

El adolescente violento es un adolescente profundamente inseguro, que trata de compensar en una especie de huida hacia delante, un Yo frágil, dependiente y amenazado en sus límites y, por lo tanto, en su identidad. Las conductas violentas se presentan, así, como un intento de adquirir una identidad grandiosa y fuerte que resulta ser una pseudo identidad con la que intentar protegerse de los duelos de fondo, que no han podido ser elaborados por no haber podido ser, ni tan siquiera planteados. ¿A que duelos nos referimos? Algunos han sido ya mencionados y son, digámoslo así, duelos evolutivos normales. Otros tienen que ver con el sentimiento de soledad y abandono en que se encuentra el niño que no recibe la cobertura materna/paterna, tanto en su versión deficitaria (niño que no recibe nada) como en la de sobreabundancia (exceso de “otras” cosas, pero no, ejercicio de la parentalidad).

En ambos casos, la relación entre conducta violenta e inseguridad interna

creemos que es fuertemente estrecha, propiciando un sentimiento de vulnerabilidad del Yo. El Yo se siente amenazado en su identidad, lo que, paradójicamente, da lugar a una extrema dependencia del objeto, dependencia que es sentida como intolerable porque aquello de lo que se tiene necesidad, es lo que impide la autonomía. La necesidad del "Otro" no es sentida como tal, sino como una invasión, como un poder que el "Otro" ejerce sobre el adolescente, sintiéndose éste amenazado en su integridad personal, desbordado por la intensidad de sus emociones internas para las que no encuentra cauce por las que hacerlas circular. La única salida que encuentran es la expulsión violenta y desorganizada al exterior, actuando así, la fantasía de ejercer un control omnipotente y un dominio sobre la víctima, control que es el que no puede aplicarse a sí mismo, a su propio mundo interno.

El adolescente violento, lejos de estar seguro de sí mismo, utiliza el comportamiento violento como una prótesis psíquica que viene a intentar cubrir una gran fisura de estructuración interna. Creemos que Philippe Jeammet, ha hecho importantes aportaciones a la comprensión de los procesos internos que se desarrollan, sobre todo en el adolescente, que actúa y ejecuta acciones violentas. La violencia se presenta como un mecanismo primario de autodefensa de un sujeto que se siente amenazado, dice Jeammet.

No se dio la diferenciación que haya permitido al bebé -en su momento- separarse del objeto (figura protectora, madre...), por lo que ese bebé no ha podido incorporar mediante introyección las funciones simbólicas que le van a permitir organizar su capacidad de pensar y también su capacidad de retener el objeto ausente pudiendo deprimirse.

En su lugar, la angustia no ha podido ser metabolizada mediante la función *alfa*... la capacidad de *reverie*...en fin, mediante la acogida por parte de unas figuras paternas *suficientemente buenas*, no ha podido ser

metabolizada porque esos padres no han sabido devolver a la mente de sus hijos los terrores transformados y con un significado para poderlos pensar o soñar, esa angustia -entonces- se reintroyecta como una violencia sin nombre, preñada de odio destructivo que no tiene más salida que la evacuación del aparato mental.

Siguiendo el pensamiento de Melanie Klein, diremos que fueron niños que no pudieron avanzar de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva lo que constituye una importante falla estructural. Según la conceptualización teórica de Balint, serían niños aquejados de lo que él llamó la "*falta básica*". También Enriqueta Moreno señala cómo la búsqueda desesperada del objeto bueno que nunca tuvieron o lo tuvieron de forma fragmentada, se transforma en odio vengativo.

En cualquier caso, niños que se han visto privados de un derecho fundamental en la infancia, el de recibir de sus padres la cobertura afectivo-educativa necesaria para organizar los recursos con los que poder llegar a ser ellos mismos adultos satisfechos.

En esta situación, lo que el adolescente trata de restaurar mediante la posesión y el dominio violento sobre los objetos externos, es una identidad que percibe amenazada. La violencia, pues, se presenta como una defensa frente a la amenaza que planea sobre la identidad del sujeto. Y la identidad es conflictiva, porque las figuras encargadas de transmitirla a través de las funciones paternas, no lo hicieron, o lo hicieron deficientemente, lo que venimos a considerar como violencia por omisión.

Para el sujeto violento, el objeto de su violencia, es decir, el que sufre y padece el acto violento, es un sujeto "des-subjetivado" es alguien sin importancia como sujeto, porque se trata, o es tratado, como un "objeto". El adolescente violento, de alguna manera, se vive "en espejo" con su víctima y se siente amenazado en un destino similar. Esta amenaza proviene de

las experiencias vividas en donde fue él, el que se vivió a sí mismo sujeto “des-subjetivado”, o lo que es lo mismo, como un objeto.

Todos sabemos de la importancia que para el incipiente ser humano (el bebé) tienen los vínculos de apego a sus objetos amorosos, es característico de la especie humana la importancia de la duración y la intensidad de estos vínculos. El bebé es un emisor de pulsionalidad y reclama todo aquello que venga a aliviar su estado de displacer. Si no hay un objeto receptor de esa pulsionalidad que ejerza como continente de la misma y propicie el placer de la actividad mental, en sustitución de la autoestimulación física, el niño precozmente carenciado, desarrollará una actividad de búsqueda de sensaciones que conlleven una dimensión autodestructiva. Sin ese objeto receptor y transformador, la pulsionalidad no es más que violencia en busca de contención y de límites.

Nos parece muy interesante el pensamiento de Ph. Jeammet cuando dice que no existen más que dos vías para sentirse existir. La vía de las sensaciones y la vía de las emociones. La de las emociones es la que da lugar a la interiorización de los afectos modulados por la calidad del intercambio relacional que haya habido y da lugar al establecimiento de vínculos, (sería una vía saludable).

La vía de las sensaciones se origina como sustituto de los fracasos relacionales, y la sensación hace contactos pero no vínculos. ¿No diremos, acaso, que los comportamientos violentos no vienen marcados por una búsqueda de sensaciones que no permiten hacer un lugar a lo emocional? ¿Cuántas veces hemos escuchado como explicación a sucesos de violencia y agresividad extrema “*lo hice porque sí, para saber qué se siente*”. El adolescente extremadamente violento conduce su vida, más por la vía de las sensaciones que por la de las emociones.

Violencia por omisión o violencia enmascarada

La violencia más eficaz es aquella que constituye una violación a las mentes en formación, es decir, a las de los niños y adolescentes. Así, el niño que padeció la violencia de no encontrar donde depositar su insatisfacción y displacer, y recibe en lugar de la función transformadora una avalancha de objetos materiales que taponan el acceso a una capacidad moderada de tolerancia a la frustración, está inserto -todos lo estamos- en una cultura de la violencia. Las imágenes de agresión son demasiados frecuentes en el entorno y, en ocasiones, dado el realismo con el que se presentan, es difícil separar ficción de realidad. De nuevo el límite es muy impreciso.

La familia puede ejercer sobre sus miembros y descargar en ellos una violencia que configurará sus personalidades y sus modos de situarse ante la vida. Hay un tipo de violencia activa, cruel, brutal. Un importante número de niños -uno sólo, ya sería demasiado- muere a manos de sus progenitores (no podemos ni queremos llamarles padres), otros muchos sufren agresiones directas, castigos corporales...es la violencia agresiva en estado puro. En esta comunicación hemos querido traer a debate, otra clase de violencia, no es la violencia por acción sino por omisión, no por exceso sino por defecto. Es lo que consideramos actitud violenta hacia los hijos, aunque socialmente pueda incluso aparecer como abnegada entrega. Es la violencia de dar demasiado para no tener que dar.

Es la violencia de permitir sin límite, disfrazando esa permisividad de actitud tolerante para encubrir el miedo que a algunos padres les produce vivirse a sí mismos como seres adultos.

Edward Osborne Wilson, entomólogo y biólogo considerado en 1996 como uno de los científicos más influyentes de toda la historia, en su obra “La nueva síntesis” (Barcelona 1980) define la agresión como

“una merma de los derechos del otro, forzándole a abandonar algo que le pertenece, mediante la acción o la amenaza de la acción”, nosotras añadiríamos a esta definición, que también, mediante la omisión. La omisión de la función parental comprometida con la crianza de los hijos la contemplamos como una forma de violencia hacia ellos. Una forma de violencia enmascarada, eso sí.

Se trata de “padres/niños” con personalidades infantiles y que no facilitan el acceso de sus propios hijos a la madurez, o -al contrario- padres que instalados en esos posicionamientos infantiles, convierten a sus hijos en “padres de ellos mismos”. En cualquier caso, confusión de roles, seducción perversa y relaciones familiares, unas veces demasiado adhesivas y pegajosas y otras, ausentes, carentes de la envoltura que permite poner en marcha la autoestima narcisista necesaria para actuar como organizadora y preservadora de la vida.

Recapitulando y recogiendo lo dicho hasta ahora, queremos señalar lo importante que

nos parece considerar la violencia que se ejerce desde el grupo familiar cuando éste, no es capaz de actuar como tal, es decir, conteniendo y tramitando la pulsionalidad infantil que, como ya hemos dicho, es esa otra violencia que está puesta al servicio de la vida.

En su lugar, las funciones protectoras que deben ejercer los padres, se trasladan o, sencillamente son inexistentes confundidas con la permisividad, quedándose el niño con “huecos afectivos” que no sabe cómo llenar. Algunos jóvenes intentarán cubrirlos más adelante con indumentarias protésicas (clavos, botas, objetos duros...), corazas con las que intentar cubrir la fragilidad interna y de paso, aprisionar los sentimientos de culpa para no tener que entrar en contacto con ellos.

Mayte Muñoz Guillén
y Alicia Monserrat Femenía